

UNA CULTURA DE URGENCIA

LOBBY Dic-Ener 2014 nr.52, por Ignacio Mallo

Lleva tiempo ser joven, Pablo Picasso

En más de una ocasión escuché el sabio dicho popular: el apuro trae cansancio. Esa expresión tan repetida no me hizo dormirme en los laureles y menos detener la marcha infinita que significa asumir todos los riesgos con sus respectivas responsabilidades en el campo de una profesión que exige creatividad, eficiencia y belleza. Paciencia, agregaría, saber escuchar, dejarse llevar por el instinto y permitir también que la experiencia haga su trabajo. Diría que este oficio es algo muy cercano a la excelencia y ahí están los grandes maestros para confirmarlo a lo largo de los siglos. No sólo las catedrales requirieron tiempo, sino los rascacielos que parecían un sueño o un simple proyecto que demanda imaginación profesional para satisfacer a las personas en cualquier época. Los antiguos orfebres, desde la prehistoria a nuestros días, nos dan el ejemplo de la alianza del oficio, el trabajo, la dedicación, para elaborar sus joyas y objetos magníficos, que en cada época el hombre sabe contemplar y valorar en todo su esplendor.

Pienso en la preparación de las maderas para construir la famosa góndola veneciana, cuyos artesanos utilizan alrededor de 280 pedazos provenientes de ocho maderas diferentes con una exactitud matemática para desplazarse entre los canales de esa esplendorosa ciudad erigida sobre las aguas.

Todo lleva un proceso para su acabado y materialización, la belleza física no se construye en un día, ni siquiera las solemnes estatuas. Sólo habría que pensar en los años que demoró el genial Leonardo Da Vinci en pintar los labios, encontrar la enigmática sonrisa de La Gioconda, su Mona Lisa.

Un buen proyecto puede surgir de la noche a la mañana, nacer de una idea brillante, pero su confrontación con la realidad requiere de un tratamiento especial, y en ese tiempo de estudio, dudas, es cuando comienza aparecer su verdadero rostro. Es un momento feliz que sintetiza el espíritu de una obra y se lo debemos a la perseverancia, a ese tiempo tan necesario para dar forma a una o más ideas.

La naturaleza está llena de ejemplos. Ella misma se renueva cada día, pero la primavera es una cátedra de demostración del extraordinario poder restaurador de su ciclo natural. El trópico es vida y muerte, lucha constante de dos contrarios, períodos que regula el tiempo para continuar con la vida misma.

A la perfección no le importa el tiempo, porque toda transformación verdadera perdura, se consolida y afianza en cada época. Ahí están los iconos venerados contra viento y marea, son fruto de un tiempo de creación, tienen un espacio en la historia.

A estas imágenes veneradas no las borra el tiempo, ni las disminuye la velocidad de esta época: nada puede ser más efímero que lo construido para vencer el presente.

El trabajo diario, la vida cotidiana, las relaciones sociales, la ciudad, todo lo que nos rodea y sobre lo que interactuamos, presenta una aceleración, una urgencia del "ya para ya", la inmediatez del "hoy para hoy." Vivimos la cultura de la urgencia, el instante domina el escenario de nuestro quehacer más importante, porque la inmediatez ha borrado el futuro. Estamos bajo el dominio de la exigencia de este es el momento y no otro, no sólo en el trabajo, sino en el desempeño social de vivir el minuto, mañana es tarde.

El aquí y ahora, sin la reflexión y la necesaria estabilidad que requiere todo proyecto para su continuidad y crecimiento, puede transformarse en la construcción de un verdadero Caballo de Troya. La historia o leyenda conoce su efecto devastador.

¿Es la hora del deseo, de correr, acelerar, como si estuviéramos en una sala de urgencia o frente a una pantalla 3D? Yo mismo, que cargo dos relojes, siento a veces que me he quedado sin tiempo, siempre hace falta una hora, algo más que no está dentro del horario establecido.

¿Está listo?, ¿Lo terminaste?, ¿Cuánto te falta?, lo quiero para ya. La inmediatez ha creado un lenguaje propio, un idioma ejecutivo, dirán algunos, una suerte de rueda sin fin.

La agenda de nuestra época está enfocada a una carrera de 100 metros. Suena el disparo y lo que viene es el vértigo de la velocidad. Es una prueba de resultado inmediato y extremadamente competitiva. La maratón, en cambio, es la escuela antigua, que exige resistencia, requiere pericia, capacidad, experiencia, energía y confianza en sí mismo. Es el viaje de Ulyses, un largo camino con un recorrido que demanda conocimiento, fortaleza física y mental.

Son otros los tiempos, sin duda, los estamos viviendo: una cultura de urgencia que pareciera no dar respiro y asistimos a una nueva tiranía, la dictadura del tiempo.